



Señal del mundo por un tiempo así,
Yo, en cambio, aspiré dichoso y mudo
La zona virginal.

A

De antiguo templo en la derruida nave
Donde silencio es todo y soledad,
La paloma un asilo buscar suele,
Para vivir en paz.

Y aquí en mi corazón, callado y triste
Que el culto de otro amor no turba ya,
Refugio á tu inocencia hallar podrías,
Sobre el desierto altar

Ni el nombre de los nùmenes que un día
Efímeros vivieron, hallarás;
Que una sombra siquiera en mis recuerdos
Que te lastime, no hay.

Así, tranquila flor, tú resguardada
Serás del mundo por mi tierno afán,
Yo, en cambio, aspiraré dichoso y mudo
Tu aroma virginal.



EN EL ALBUM DE J.

(INEDITA.)

Señora, adiós! . . . En los oscuros días
En que huyó de mi Patria la victoria,
Un pobre canto á mi amistad pedías;
Yo te dejo mi adiós. En tu memoria.

Y entre dulces recuerdos de ventura,
Conserva esta palabra de amargura,
Guarda esta ronca voz de despedida,
Y siga siempre tu mirada pura
La negra estela de mi triste vida.

Mujer de corazón, patriota ardiente,
Cuánto vas á sufrir al ver hollada
Dentro de poco por extraña gente,
De nuestra tierra la ciudad sagrada.

Dios vele sobre tí, mientras que fiero
La adversidad nuestra bandera azota,
Mientras que osado el invasor impera
Y vuelve aliento el alma del patriota.

Yo te dejo mi adiós, bella señora,
En cambio llevo tu amistad querida
Que brillará cual lumbré bienhechora
Entre las densas nieblas de mi vida.

México, Mayo 31.—1863.



LA PLEGARIA DE LOS NIÑOS.

(INEDITA.)

—“En la campana del puerto
Tocan, hijos, la oración . . . !
¡De rodillas y roguemos
A la madre del Señor,
Por vuestro padre infelice,
Que ha tanto tiempo partió,
Y quizás esté luchando,
De la mar con el furor.
Tal vez á una tabla asido,
No lo permita el buen Dios!
Náufrago triste y hambriento,
Ya al sucumbir sin valor,
Los ojos al cielo alzando
Con lágrimas de aflicción,

Dirija el adiós postrero
A los hijos de su amor,
¡Orad, orad hijos míos,
La virgen siempre escuchó,
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor!"

En una humilde cabaña
Con piadosa devoción,
Puesta de hinojos y triste
A sus hijos así habló
La mujer de un marinero,
Al oír la santa voz
De la campana del puerto
Que tocaba la oración.

Rezaron los pobres niños
Y la madre con fervor;
Todo quedóse en silencio,
Y después sólo se oyó,
Entre apagados sollozos
De las olas el rumor.

De repente en la bocana
Truena lejano el cañón,
¡Entra buque! allá en la playa

La gente ansiosa gritó.
Los niños se levantaron,
Mas la esposa en su dolor
No es vuestro padre, les dijo,
Tantas veces me engañó
La esperanza, que hoy no puede
Alegrarse el corazón.

Pero después de una pausa
Ligero un hombre subió
Por el angosto sendero
Murmurando una canción.

Era un marino ¡era el padre!
La mujer palideció
Al oírle, y de rodillas
Palpitando de emoción,
Dijo:—¿Lo veis, hijos míos?
La Virgen siempre escuchó
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor.

Acapulco, 1865.





EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL

COLEGIO DESFONTAINES

(Que se verificó en el general del antiguo Colegio de Letrán.)

(INEDITA.)

..... Apartad de la guerra fratricida,
Vuestros cansados ojos..... ved ahora,
Esta esperanza dulce y seductora
De la Patria infeliz, patria querida.
En medio de la negra desventura,
Cuando demandas moribunda al cielo,
Pase de tí ese cáliz de amargura,
Te escucha Dios y un ángel de consuelo
Te muestra esa niñez hermosa y pura.

Esa niñez que hoy tímida, inocente
Ya recoge afanosa en los umbrales
Del templo del saber, para su frente
Guirnalda mil y mil primaverales
Y augura ya desde su edad temprana
Que irá atrevida á conquistar mañana
De la ciencia los lauros inmortales.

Hoy que la vida duelos nos ofrece,
Hoy que la mente sin consuelo vaga
Y abandonarnos el Señor parece,
Esta luz adorable no se apaga,
Esta dulce esperanza nos halaga
Este ensueño de paz nos adormece.

Viéndolo estáis... la humanidad camina
Y ¡cuán grandiosa y fuerte se presenta
Con el sol alumbrada de la imprenta
Y armada con el rayo! La divina
Libertad de este siglo todo inventa,
Todo lo inútil del pasado arruina.

De la vil ignorancia las postizas
Galas rodaron en menudas trizas;
De odiosos privilegios los vestigios
Cayendo van y tórnalos cenizas
El poderoso aliento de los siglos.

¡Oh! sí, pura niñez, tuyo es el día
De luz y paz, de verdadera gloria,
Tú no tendrás de esta época sombría
Sino la amarga y fúnebre memoria.

Dios que contempla nuestro mal te ayuda,
Él prepara la dicha á tu inocencia
Espera, espera, á una época de duda,
Va á suceder un tiempo de creencia.

La igualdad de la ley á la insolencia
De los hombres soberbios y mezquinos,
Y va á regir entonces tus destinos
En lugar del cañón la sacra ciencia.

Vas á ser mas feliz, niñez querida
Que los jóvenes harto desdichados
Que alcanzamos un tiempo de tristeza,
Que al contemplar nuestra ilusión perdida,
Nos sentimos de duelo quebrantados,

Inclinamos temprano la cabeza,
Y cruzamos la senda de la vida,
Escépticos, tal vez ó indiferentes,
Con el alma cansada y dolorida,
Y una arruga precoz en nuestras frentes.

Tú no serás así, tu edad de flores
De sueños y esperanzas lisonjeras

Muy pronto va á pasar, pero tú esperas. . . .
 ¿Qué te importan del mundo los furoros?
 Aquel que siente de virtud la calma,
 Aquel que sigue el bien y en Dios confía,
 El huracán del mundo desafia
 Y afronta el porvenir, serena el alma.

Vas á ser más feliz. . . .pero no olvides
 De loca juventud en la inconstancia,
 Estas horas serenas de la infancia
 Sí, para siempre de ella te despidés.

Conserva su memoria dulce y blanda
 Que te hará mucho bien en este suelo
 En tus momentos de amargura infanda
 Y en tus horas de duda y desconsuelo

Que cuando brota del pesar el lloro
 Y el alma gime de dolor herida,
 Alivia el recordar los sueños de oro
 De las risueñas albas de la vida.

¡Cuántas veces recuerdo mi montaña,
 Sus altas arboledas cimbradoras,
 El ancho río que sus rocas baña,
 Y aquel humilde albergue, la cabaña,
 Donde pasé de mi niñez las horas!

¡Cuántas también de mi cristiana madre
 El puro y tierno y celestial cariño,
 De esa pobre mujer que fué mi encanto,
 Que dirigió mi corazón de niño,
 Que me enseñaba al borde de las fuentes,
 Debajo de las ceibas seculares,
 O al rumor de los blandos platanares,
 Oraciones sencillas y fervientes
 Que repetí con labios balbucientes,
 De la agreste capilla en los altares,
 Cuando el incienso con los frescos ramos
 De mirtos y caléndulas silvestres
 Iba á ofrecer como homenaje tierno
 A la virgen del campo, protectora
 De la pobreza de mi hogar paterno!

Pero basta niñez. . . .iba á decirte
 Que soy feliz al ver sobre tus sienes
 La corona más bella de la infancia
 Que como premio de tu afán obtienes.

Hoy del triunfo te halaga el dulce arrullo
 Y para ser tus dichas mas cabales,
 Ve á presentar tu frente con orgullo
 A los ardientes besos maternos.

Lleva la dicha en tu cariño santo
 A tu modesto hogar, y aún espera

Si conservas constante tu ardimiento
 Más guirnaldas coger en tu carrera.

Aguarda, aguarda, llegará tu día,
 Tal vez muy pronto con placer lo veas
 Espera en Dios que tu camino guía,,
 Y hasta llegar allá. . . ¡bendito seas!
 ¡Dulce esperanza de la Patria mía!

1858.



A ORILLAS DEL MAR.

Esos bosques de ilamos y de palmas
 Que refrescan las ondas murmurantes
 Del cristalino Técpam, al cansado
 Pero tranquilo labrador conviden
 En los ardores de la ardiente siesta
 A reposar bajo su sombra grata,
 Que él si podrá sin dolorosa lucha
 Libre de afanes entregarse al sueño.

Mas yo que el alma siento combatida
 De tenaces recuerdos y cuidados
 Que sin cesar me siguen dolorosos,
 Olvido y sueño con esfuerzo inútil,
 En vano procuré. La blanda alfombra

Altamirano—18.

De césped y de musgo, horrible lecho
De arena ardiente y de espinosos cardos
Fué para mí. De la inquietud la fiebre
Me hace de allí apartar, y en mi tristeza,
Vengo á buscar las solitarias dunas
Que el ronco tumbo de la mar azota.

Esta playa que abrasa un sol de fuego,
Esta llanura inmensa que se agita,
Del fiero Sud al irritado soplo,
Y este cielo do van espesas nubes
Negro dosel en su reunión formando
Al infortunio y al pesar convienen.

Aquí, los ojos en las ondas fijos,
Pienso en la Patria ¡ay Dios! Patria infelice,
De eterna esclavitud amenazada
Por extranjeros déspotas. La ira
Hierve en el fondo del honrado pecho
Al recordar que la cobarde turba
De menguados traidores, que en malhora
La sangre de su seno alimentara,
La rodilla doblando ante el injusto,
El más injusto de los fieros reyes
Que á la paciente Europa tiranizan,
Un verdugo pidiera para el pueblo,
Que al fin cansado rechazó su orgullo.

¡Francia! país de corazón tan grande,
De pensamiento generoso y libre,
Tú que alumbraste al mundo esclavizado
Y soplaste en el alma de los pueblos,
En los modernos siglos, ese odio
Que va minando el trono de los reyes;

Tú que recuerdas con tremenda ira
Las orgías del inglés en tus hogares,
Y el insultante grito del cosaco
Al pisar el cadáver del imperio,
¿Cómo vienes ahora en tus legiones
El lábaro feroz de la ignorancia
Y de la injusta y negra servidumbre
A un pueblo libre que te amó, trayendo?
¿Tu misión olvidaste con tu historia
Y manchas tus blasones, despreciando
Tu pura fama, al interés vendida?

Yo te miro República naciente
 Ahogar la débil libertad de Roma;
 Yo te miro después apresurada
 Dar un abraso al Austria sobre Hungría;
 Yo te miro más tarde abandonando
 De los czares al fiero despotismo
 La suerte ¡ay! de la infeliz Polonia,
 Y voy á maldecirte. . . y me detengo,
 No eres tú, no eres tú, pueblo grandioso
 Que á la divina Libertad consagrás
 Dentro tu corazón ardiente culto,
 Sino el tiranó odioso que te oprime
 Raquíptico remedo de aquel hombre
 Colosal que cayó, cuya grandeza
 De escaño sirve y pedestal y asilo
 A la ambición del mísero pequeño.

Tal el nombre de César y de Augusto
 Tiranos, sí; mas grandes, elevara
 La obscura mezquindad de Cayo el loco
 De imbécil Claudio y de Enobarbo infame.

Tú gimes, tú también, pueblo de libres
 Encadenado ahora al solio férreo
 Que tu paciencia sufre y abomina;
 Mas su injusticia y su furor acusan
 El grito de tus nobles desterrados

Y la voz varonil de tus tribunos
 Y la cólera santa que te agita.

En tanto, de mi Patria los fecundos
 Campos abrasa el fuego de la guerra;
 Gimien sus pueblos y la sangre corre
 En los surcos que abriera laborioso
 El labrador que con horror contempla
 El paso de tus huestes destructoras.

Ruge el cañón y con su acento anuncia
 La elevación de un rey en esta tierra
 De la América libre, cuyo jugo,
 Es veneno letal á los tiranos,
 Y esta nueva desgracia, todavía
 Mi triste patria á tus soldados debe.

El trono del Hapsburgo se levanta
 Sobre bases de sangre y de ruina,
 ¿Cómo existir podrá, si sus cimientos
 El amor de los pueblos no sostiene?
 Su ejército servil corre furioso
 A sangre y fuego su pendón llevando;
 La falacia precede tentadora,
 Que á las almas mezquinas avasalla;
 Y se diezman del pueblo las legiones,
 Y los pechos menguados desfallecen,
 Y en el cielo parece que se eclipsa
 De Libertad la fulgurante estrella!

¡Solemne instante de angustiosa duda
 Para el alma de cieno del cobarde!
 ¡Solemne instante de entusiasmo fiero
 Para el alma ardorosa del creyente!
 ¡Oh nó, jamás! La Libertad es grande,
 Como grande es el Sér de donde emana
 ¿Qué pueden en su contra los reptiles?

.....

Ya encendido en el cielo el sol parece
 Entre nubes de púrpura brillando. . . .
 ¡Es el astro de Hidalgo y de Morelos
 Nuncio de guerra, de venganza y gloria,
 Y el que miró Guerrero en su infortunio,
 Faro de libertad y de esperanza,
 Y el que vió Zaragoza en Guadalupe
 La sublime victoria prometiendo!

A su esplendor renuévase la lucha,
 Crece el aliento, la desgracia amengua;
 La ancha tierra de Méjico agitada
 Se estremece al fragor de los cañones,
 Desde el confín al centro, en las altivas
 Montañas que domina el viejo Ajusco,
 Del Norte en las llanuras y en las selvas
 Fieras de Michoacán y donde corren
 El Lerma undoso y el salvaje Bravo;

De Oajaca en las puertas que defienden
 Nobles sus hijos de entusiasmo llenos
 Y en el áspero Sur, altar grandioso
 A libertad por siempre consagrado.
 Y en las playas que azota rudo Atlante
 Y en las que habita belicoso pueblo
 Y el Pacífico baña majestuoso.

Sí, donde quiera en la empeñada lucha.
 Altivo el patrio pabellón ondea,
 ¿Qué importa que el cobarde abandonando
 Las filas del honor corra á humillarse
 Del déspota á las plantas, tembloroso?
 ¿Qué importa la miseria? ¿qué la dura
 Intemperie y las bárbaras fatigas?
 ¿Qué el aspecto terrible del cadalso?
 Este combate al miserable aparta,
 Del desamparo el fuerte no se turba
 Sólo el víl con el número bravea.
 ¡Cuán hermoso es sufrir honrado y libre,
 Y al cadalso subir del despotismo
 Por la divina Libertad, cuán dulce!

.....

¡Oh! yo te adoro Patria desdichada
 Y con tu suerte venturosa sueño,
 Me destrozan el alma tus dolores
 Tu santa indignación mi pecho sufre,
 Ya en tu defensa levanté mi acento

Tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
Hoy mis promesas sellaré con sangre
Que en tus altares consagré mi vida!

El triunfo aguarda, el porvenir sonrío,
Pueda el destino favorable luego,
Dar á tus hijos que combaten bravos
Menos errores y mayor ventura.
Pero si quiere la enemiga suerte
De nuevo hacer que encadenada llores
Antes que verte en servidumbre horrenda
Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana. 1864.



NOTAS.

LA FLOR DEL ALBA.—LA SALIDA DEL SOL.
LOS NARANJOS.—LAS AMAPOLAS.

Los lectores me permitirán algunas palabras sobre estos cuatro idilios, que pertenecen verdaderamente al género descriptivo, al que tengo suma afición.

En ellos he intentado presentar pequeños cuadros de los paisajes del Sur, para mí tan queridos, como que allí se meció mi pobre cuna. Para ello he escogido cuatro horas sucesivas, la del alba, la en que nace el sol, la de las ocho ó nueve de la mañana, y por último, la del mediodía.

Los cuadros pertenecientes á las horas de la tarde y de la noche, seguirán después; pero ya no con el carácter puramente descriptivo, sino sirviendo,